

EPOCA NUCLEAR Y LIMITACION DE LA GUERRA

«Nuestro mundo vive entre el temor y la esperanza. Mientras más avanza y progresa materialmente, más descubre su vacío moral. Se siente impotente para resolver las tremendas cuestiones que angustian a los hombres.»

De la Declaración colectiva del Episcopado español para la etapa postconciliar, 8 diciembre 1965 (43).

I.—EL MOVIMIENTO EN PRO DEL CONTROL RACIONAL DE LA GUERRA

Como ha asegurado Alastair BUCHAN—Director del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres—, *de todas las transformaciones que llevan la turbación a nuestro mundo, en el terreno político, económico y social, las más vertiginosas conciernen al arte de la guerra y de la destrucción.*

El desarrollo de las armas nucleares y de los *missiles* ha dado origen a una era en que las naciones poseen el poder de destruirse completamente.

Y he aquí que el poder de la fuerza en un período de ilimitado poder y de conflicto ideológico presenta dilemas tanto a la política exterior en sí como al analista de la política internacional. Verdaderamente, según ha señalado Halperin, ninguna teoría de la política internacional puede dejar de tener en cuenta las nuevas condiciones creadas por la irrupción del átomo en la tecnología militar.

* * *

No sorprenda, pues, que se haga un llamamiento en pro de una *nueva ética de la guerra*¹. Y que se afirme: la fundamental cuestión de nuestra época es «el control racional de la guerra».

Surgen llamamientos de oteadores de la escena mundial en pro de una nueva doctrina de la paz y de la guerra.

Recojamos, como un índice representativo de tal directriz, los juicios de Georges Rigassi, publicados en la *Gazette de Lausanne*: «En esta nueva fase de la Historia en que hemos entrado, debemos renovar nuestra concepción de la guerra. Nuestras *élites* deben elaborar una nueva doctrina de la paz y de la guerra que esté adaptada a la edad atómica, que esté concebida en función de la dimensión nueva que asume la guerra moderna. Y esta doctrina debe estar fundada sobre la *limitación de la violencia*.»

¿Quiérense más aclaraciones? «Es posible que lentamente, oscuramente, nazca en la opinión mundial una especie de conciencia colectiva que converja en la repulsa de la guerra ilimitada». Y George Rigassi precisa: «Si la Humanidad quiere recuperar la confianza en el porvenir es preciso que las *élites* de todos los países, de todas las creencias religiosas y políticas, aprovechen la tregua *presente* para buscar y poner en marcha todos los medios propios para dominar la fuerza y limitar la violencia.»

Y registremos el pensamiento director de este escritor: «*El mundo tiene necesidad de una nueva doctrina de la paz y de la guerra, que tenga como primer objetivo—“en attendant mieux”—el reducir las devastaciones de una guerra atómica generalizada.*»

Una cosa está clara: las valoraciones de Rigassi no son las únicas en esa ruta. Antes al contrario, evidencian un estado de opinión. Iusinternacionalistas como Vedovato y Kunz han reconocido la urgente necesidad de la reconstrucción de las leyes de la guerra. La necesidad de humanizar la guerra se ha revelado por el general germano Guderian. Ya en 1946, un crítico militar tan prestigioso como Liddell Hart esperaba que, reconociéndose el gran poder de destrucción de las nuevas armas, un Acuerdo internacional establecería normas para limitar su uso. En 1947, insistiendo en esa dirección, Hart mantenía que, desde el momento en que parece resultar

¹ Vid. Gordon ZAHN: «The Church as a Source of Dissent», *Continuum*, Chicago, verano 1963, pág. 160.

imposible eliminar la guerra, la mejor solución puede residir en intentar revivir un Código de normas para limitar la guerra, basado en la realista visión de que probablemente las guerras se producirán otra vez y que la limitación de su destructividad es en interés de todos. En 1954, Hans Speier defendía la necesidad de guerra «civilizada» limitada, si ha de evitarse la destrucción de la Tierra...

El pastor Marc Boegner decía, en 1959, en su segunda conferencia de Cuaresma: «Es preciso que se formule una nueva teología de la guerra en la perspectiva nuclear». Aunque a renglón seguido advirtiese: «Pero esto exige una renovada teología del Estado y de las relaciones entre la Iglesia, el ciudadano y el Estado».

Lo cierto es que, para algunos, nos encontramos en el principio de una nueva era en la vida internacional. Este inicio viene marcado por el cambio en la filosofía bélica: del *no hay sustituto para la victoria* (general Mac Arthur) al *no hay sustituto para la paz* (Eisenhower). En suma, con las ideas de Raymond Aron, es el paso a la paz fundada no sobre las comisiones de desarme, sino sobre el miedo. La situación se ha sintetizado en esta sentencia de Herman Kahn: «*La guerra nuclear es inimaginable e imposible*». De lo que es corolario la siguiente afirmación de André Fontaine: «*La gran diferencia entre las armas atómicas y las otras es que las primeras están hechas fundamentalmente para no servirse de ellas*»².

* * *

En tal tesitura, salen al camino moralistas, políticos y militares, operando sobre la necesidad imperativa de limitar la guerra nuclear.

En esta vía, el P. Courtney Murray escribía en *Theological Studies*, en marzo de 1959: «Desde el momento en que la guerra nuclear puede ser una necesidad, debe ser hecha una posibilidad. Su posibilidad puede ser creada.

² Cons., bajo el rótulo «Las guerras que prevé el Pentágono», la entrevista a Herman KAHN, *Gaceta Ilustrada*, Madrid-Barcelona, 10 julio 1965, págs. 17-19 y 66 (para la cita, página 66). Se trata de un trabajo aparecido en *U.S. New & World Report*. Asimismo, vid. André FONTAINE: «Le Concile et la bombe», *Le Monde*, 12 noviembre 1964, págs. 1 y 8 (para la cita, pág. 8).

Y la creación de su posibilidad requiere un trabajo de inteligencia y el desarrollo de una acción múltiple sobre toda una serie de niveles de política —político (exterior e interior), diplomático, militar, tecnológico, científico, fiscal, etc., con la importante inclusión de los niveles de opinión pública y educación pública—. Decir que la posibilidad de guerra limitada no puede crearse por la inteligencia y la energía, bajo la dirección de un imperativo moral, es sucumbir a una especie de determinismo en los asuntos humanos».

A continuación recojamos las indicaciones del general James M. Gavin³: «El estado actual de las armas atómicas nos ofrece una esperanza cierta de supervivencia: ningún país puede soportar que se dé libre curso a un enorme cambio de ataques termonucleares, pues ello sería una invitación al suicidio. La última palabra de la guerra rápida e intensa ha sido dicha: esta guerra será tan rápida y tan intensa que ello constituirá un suicidio colectivo. La siniestra perspectiva de una guerra de ese tipo es suficiente por sí misma para descartarla. Dentro de sus límites, *los países deben hallar el medio de crear los sistemas de armas que respondan a las necesidades de la política. Las guerras limitadas para objetivos limitados, con recursos limitados y generalmente en zonas geográficamente limitadas son más probables que las guerras generales.* Y como las guerras limitadas pueden provenir—por una transición insensible—de simples desórdenes, llevando a una operación de policía y de ahí a las hostilidades abiertas, ellas no serán ni blancas ni negras, sino lo suficientemente grises como para no tomar ninguna de esas formas, o todas a la vez. La guerra limitada será efectivamente limitada en algunos aspectos, pero no—muy probablemente—en el tiempo. Es completamente verosímil que una guerra limitada en una zona particular acarree, en una o en algunas otras áreas, desórdenes que conduzcan a otras guerras limitadas. *La duración que podrá tener será ilimitada...*»⁴.

En resumen, la doctrina militar sustenta la necesidad de una forma de guerra intermedia entre las «*guerras nucleares muy improbables*» y las «*guerras no nucleares practicables*». La base de tal razonamiento reside en que, si ningún tipo de guerra nuclear fuese considerado como practicable, la

³ Cons. «La guerre presse-bouton», *Occident*, Bruselas-París, diciembre 1957, pág. 40.

⁴ Precisemos la cuestión. El general GAVIN ha sostenido: «La guerra limitada es una forma de combate altamente especializada, más especializada que una guerra global general. Esto es comparar la diestra cirugía con un porrazo matador.» Vid. *Newsweek*, 4 de agosto 1958, pág. 31.

plausibilidad de la disuasión nuclear⁵ caería a cero. Para que tenga valor esa plausibilidad es preciso que, al menos, exista un tipo de guerra nuclear menor, formando bisagra entre las dos grandes categorías mentadas. Es la *guerra nuclear «sublimitada»* de que habla el general Beaufré (o *guerra «protonuclear»*), guerra con el empleo posible—pero muy restringido—de armas nucleares⁶.

Y lo cierto es que esa temática llega también a nuestro país. Por ejemplo, el profesor Fraga Iribarne ha sostenido la probabilidad de que vayamos seriamente a un nuevo intento de limitación de la guerra. Y el profesor García Arias ha propugnado una vuelta «a la antigua práctica de la guerra limitada, abandonando la nefasta idea de la guerra total y la catastrófica de la guerra global», con la concepción de que las armas termonucleares pueden servir como garantizadas de una situación en la cual no se llegaría a la guerra global y total por la seguridad de la inmediata *massive retaliation*⁷.

Y, a tono con tal tónica, cunden estimaciones dignas de cita. Del talante de los siguientes juicios del general Gallois: «El adversario no carece de medida. Jamás desencadenará un conflicto—al menos en tanto que el Oeste posea los medios de respuesta valederos—, si sabe que a su vez tendría que sufrir los efectos. Pero *nos exponemos a encontrarnos ante los conflictos subatómicos...*».

II.—LIMITACIÓN DE LA GUERRA Y ESTRATEGIA PARA LA SUPERVIVENCIA. PRECISIONES SOBRE LA «GUERRA PEQUEÑA»

Lo interesante a subrayar aquí es que esas «posibilidades» encuentran engarce en los medios políticos.

Ahí está la realidad de la doctrina de la *nueva estrategia para la supervivencia*⁸.

⁵ La disuasión ha sido definida de este modo: en el terreno estratégico «es la actitud que se impone a un adversario eventual, por el temor de ejercer sobre él represalias tales que la puesta en juego no tiene ya sentido».

⁶ Cons. general BEAUFRÉ: *Dissuasion et Stratégie*, París, Colin, 1964, págs. 120-126.

⁷ Vid. *La guerra moderna*, volumen IV, Zaragoza, 1957, pág. 133.

⁸ Cons. «The New Strategy for Survival», *Newsweek*, 11 febrero 1963, págs. 14-17.

En tal teoría, el factor de *limitación* es un elemento insoslayable. Efectivamente. Para comprenderlo, vayamos a la apoyatura dialéctica y al contenido de tal doctrina.

Por el momento, la situación del mundo es la de dos Superpotencias nucleares en un período de transición que conducirá a una era de mutua invulnerabilidad militar. Esto se halla simbolizado en la sustitución de los *Thors* y los *Júpiteres* por los submarinos *Polaris*, móviles. Los componentes del disuasivo estratégico de esta nueva fase son principalmente los submarinos nucleares y los *Minuteman*, y su contrapartida soviética.

De acuerdo con ese panorama, se ha elaborado la doctrina del Pentágono de la *disuasión invulnerable*, basada sobre *missiles*, escondidos o móviles, que no pueden ser puestos fuera de combate por un *primer golpe*—o ataque por sorpresa—, y que pueden dar un *segundo golpe* o represalia.

Pues bien, en esta doctrina, la política de la *respuesta flexible*—también conocida como de la *respuesta controlada* y de la *disuasión graduada*—significa que, en un primer acto, se reacciona con armas convencionales o pequeñas armas nucleares a un ataque no en masa.

Durante esa *pausa*, los planeadores militares tienen opción a la *escalada*⁹ (es decir, a subir los escalones a las armas atómicas mayores).

Como corolario del *invulnerable deterrent*, los teóricos han llevado adelante la noción de la *city avoidance*, un acuerdo tácito entre potenciales enemigos para establecer sus objetivos de forma que los *missiles* vayan dirigidos a objetivos militares mejor que a las poblaciones civiles¹⁰.

⁹ Vid. la obra de Herman KAHN: *Escalation and its Strategic Context*, publicada por el Hudson Institute en 1963. Para una interpretación de la escalada, cons. André FONTAINE: «L'escalade, ou l'embaras des Grands», *Le Monde*, 28-29 junio 1964, págs. 1 y 4. Vid. también las ideas del general AILLERET en «Opinions sur la théorie stratégique de la *flexible response*», *Revue de Défense Nationale*, agosto 1964.

¹⁰ En un caso concreto, y en la línea del optimismo, conviene notar con el *Observer*, que en la política de Washington para el Vietnam del Norte, «las ciudades y pueblos son todavía, de la manera más inmilitar, considerados como sagrados. El bombardeo del Norte está cuidadosamente ideado para evitar muertes civiles». Vid. Patrick O'DONOVAN: «How the Americans See the War they Can't Win», *The Observer*, Londres, 27 junio 1965, pág. 9. Sin embargo, recuérdese que el Gobierno de Hanoi ha protestado contra los bombardeos aéreos y navales de los U.S.A., «dirigidos deliberadamente contra objetivos no militares». Vid. *Le Monde*, 1 octubre 1965, pág. 4, etc.

En tiempos, el general Maxwell Taylor dio el nombre de *the great fallacy* a la concepción de que las armas nucleares hacían la guerra imposible. Pero he aquí que, en la doctrina estadounidense actual, toda acción—empezando con choques de guerrillas y extendiéndose a guerras del carácter de la Segunda Conflagración Mundial—puede llevarse a cabo bajo el «paraguas» del poder estratégico termonuclear.

* * *

Y, se crea o no en la viabilidad de la limitación de la guerra, el caso es que se cuenta con una literatura sobre las *guerras locales*, las *guerras pequeñas*, etc.¹¹

Una guerra local es una guerra con objetivos políticos y militares limitados, con fuerzas relativamente insignificantes de dos o tres Estados, sobre un pequeño territorio y durante un corto espacio de tiempo. En una palabra, todo en ella es limitado—objetivos, fuerzas, recursos, espacio y tiempo—.

Los teóricos militares han presentado los posibles tipos de guerras locales:

1.º Guerra entre Estados pequeños, en la que no están implicadas las grandes potencias.

2.º Guerra entre Estados grandes y pequeños (caso de la operación de Suez de 1956).

3.º Conflicto armado limitado entre grandes potencias.

Pero también importantes teóricos limitan, dentro del cuadro de las especulaciones, el campo de esas guerras. Así, ha de recogerse el criterio de autores que, aceptando la posibilidad de limitar la guerra, han sostenido *la imposibilidad de la guerra local con armas nucleares* (Reinhold Niebuhr, J. Gellner) y de *la guerra local en Europa* (Niebuhr, John C. Slessor). En suma, *la guerra local es posible en zonas periféricas* (J. M. Spaight, Slessor).

¹¹ Cons. Coronel V. GLAZOV: «What Is Local War?», *Survival*, Londres, septiembre-octubre 1961, págs. 226-227. Se trata de un estudio publicado en *Estrella Roja*.

III.—LAS FACETAS DE LA CRÍTICA DE LA CONCEPCIÓN
DE LA GUERRA LIMITADA

Mas, a pesar de esas «posibilidades», la crítica de la guerra limitada no deja de constrastrar sus limitaciones conceptuales.

Compendiemos las más significativas ¹²:

I. En primer lugar, ha de saberse que en toda la doctrina de la limitación de la guerra hay una *cuestión psicológica*, relativa a la controlabilidad de la guerra en nuestro tiempo.

Veamos los elementos de esa construcción. Por un lado, tradicionalmente, la guerra ha sido considerada como la *ultima ratio*. *Ratio*, usualmente, no en el sentido de ser racional, sino en el sentido de proporcionar una «razón» para empeñarse en ella. Por otro, tenemos el optimismo de quienes sostienen que la civilización moderna ha alcanzado una cumbre de realizaciones morales sin paralelo en la Historia.

Pues bien: sobre las alegadas tradiciones civilizadas, hemos de recordar la conducta en la Segunda Guerra Mundial. Actos bien irracionales fueron la demanda de «rendición incondicional» por parte de las potencias aliadas y el consentimiento a favor de los bombardeos de destrucción de ciudades. Actos éstos que en el principio de las hostilidades hubieran sido repudiados como depravaciones propias únicamente del enemigo.

Y sería presuntuoso imaginar que el hombre pueda ahora, y de repente, desplegar una agudeza moral que no ha evidenciado en el pasado. No hay indicaciones de que los guardianes de la civilización hayan llegado a una fortaleza espiritual tan elevada como para creer que no caerán en el mismo pecado y que no sucumbirán a la tentación de la guerra totalmente total —y no por los requerimientos de la victoria, sino del odio hacia el enemigo—.

II. Otro punto de la dialéctica manejada por las doctrinas de la guerra limitada es la característica *insólita* de la pasada conflagración universal. No hay razón para pensar que la última guerra fuera única en la Historia, a

¹² Cons. «Nuclear Strategy and Christian Morality», editorial de *Continuum*, cit. ant., páginas 198-210. Utilizado en parte por nosotros.

causa de que las antipatías ideológicas desencadenadas en ella hicieran imposible toda noción de limitación entre las fuerzas rivales. Y no hay base para creerlo, desde el momento en que la guerra contemporánea entraña, por definición, antipatías irreconciliables. Hoy por hoy, la Segunda Conflagración Mundial se ofrece como el paradigma de toda guerra entre grandes potencias, guerra «total» no sólo porque la Humanidad se halla inmersa en ideologías contradictorias—la *ratio* de todas las guerras pasadas de religión—, sino porque por vez primera la Humanidad posee armas totalmente destructoras.

Sin duda alguna, hay base para creer que el Occidente ha empezado a rectificar su conciencia en el terreno de la moralidad económica. Pero que esta purificación se haya extendido a la arena de la política internacional es una cosa altamente discutible.

Y, aunque eso no fuera discutible, queda el hecho de que la U. R. S. S. bien puede, por una parte, ser insensible a la ética burguesa de su enemigo y, por otra, no estar convencida de las reglas del juego de la guerra limitada.

Analistas del pensamiento militar soviético reconocen no saber si los estrategas del Kremlin han entrado en el juego sutil, pero realista, de los americanos, preguntándose si son capaces de tanta sutileza intelectual como sus homólogos estadounidenses.

De hecho, las estrategias nucleares rusa y norteamericana son disimétricas. En lo que respecta a los rusos, tenemos que su estrategia global parece hallarse fundamentada en la antigua doctrina de las represalias en masa. A cada incidente internacional los dirigentes soviéticos han venido blandiendo su amenaza de apocalipsis nuclear y guardándose bien de ponerla en práctica. A una incontinencia verbal han opuesto, en la realidad, una prudencia en la acción que ha ido hasta el desprecio de la opinión mundial, comprendida la de sus aliados. Ahora bien; no se olvide que, en manos rusas, el papel del armamento nuclear es, sobre todo, el de un espantajo (*sic*) destinado a sacudir los nervios de las poblaciones occidentales y a «acondicionarlas» progresivamente hacia una negativa a batirse¹³. (Sin embargo, el lector no ha de olvidar, por encima de todo, el valor *real* de esas armas como tales armamentos de Superpotencia militar.)

¹³ Cons. Marc de LACOSTE LAREYMONDIE: *Mirages et réalités*, París, Serpe, 1964, páginas 146-147.

III. Conjuntamente, observemos que la doctrina de la guerra limitada se halla construída sobre la premisa de que ambos lados se verían ligados por *ante-bellum arrangements*.

Aquí han de recordarse las críticas lanzadas a la doctrina de la guerra limitada expuestas por Mr. H. Kissinger en *Nuclear Weapons and Foreign Policy*¹⁴. Para este autor americano la guerra sería limitada en virtud de un acuerdo tácito o expreso de los beligerantes, quiénes se abstendrían de traspasar los límites de un determinado teatro de operaciones y que en este *champ clos* se abstendrían de ataques a objetivos no militares. Dentro de esos límites se podría, por una parte y otra, utilizar todas las armas, excepto las de destrucción en masa y comprendidas las armas atómicas tácticas.

En suma, se volvería un poco a la concepción de la guerra que hallamos en Homero, en las leyendas de Roma y en la historia *romanceada* de la Edad Media, donde se ve a dos héroes—algunas veces a dos grupos de héroes—, representantes de dos ejércitos antagonistas, medirse en singular combate.

Pero surgen las *condiciones mínimas* de esa limitación: *condiciones morales* («un mínimo de aceptación mutua de los grandes sistemas político-sociales y de valores humanos respetados»); *condiciones tecnológicas*, *condiciones institucionales*, etc.

Pues bien; punto cumbre en la problemática de las condiciones mínimas lo constituye todo el complejo del «condicionamiento» *previo* de la guerra limitada.

Dos teóricos de esta clase de guerra—Schelling y Halperin—han escrito recientemente: «El proceso de limitar la guerra requiere pactos explícitos o tácitos y *ententes* alcanzados antes de que una guerra pueda facilitar este proceso»¹⁵. Arreglos anteriores a la guerra pueden simplemente implicar una discusión estadounidense-soviética—formal o, más probablemente, muy informal—sobre la *naturaleza de la guerra limitada*. Tal intercambio de opiniones puede ayudar a poner en claro a cada lado que su opuesto acepta la noción del limitado uso de la fuerza en la edad de los *missiles* nucleares.

¹⁴ Vid. Henry A. KISSINGER: *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, Nueva York, Council on Foreign Relations, 1957, págs. 227-232., 137 y ss., etc.

¹⁵ Entre los factores implicados en tal problemática, unos defienden la formulación de objetivos políticos *expresos* (Hanson W. BALDWIN), mientras otros propugnan—como solución de más flexibilidad—objetivos *ambiguos*.

Podría significar que *si estallase una guerra limitada ninguno la consideraría necesariamente como un ataque estratégico justificando la respuesta estratégica nuclear*. Tal discusión podría también facilitar las negociaciones explícitas o implícitas, conduciendo a *los límites reconocidos que habrían de tener lugar una vez desencadenada la guerra*».

En adición, ambos lados pueden acordar la aceptación de la mediación, la conciliación y quizá el arbitraje de neutrales, de la O. N. U. o de otros grupos. Advertimos que durante toda guerra limitada los Acuerdos de control de armamentos se hacen constantemente (de modo explícito o implícito).

Y estos autores terminan por exponer un peligro presente en el ánimo de cualquier mente medianamente despierta. Es éste. Así como los Acuerdos que estabilizan el equilibrio estratégico pueden hacer más probables las guerras locales, los Acuerdos que sirven para «facilitar» las guerras limitadas pueden hacer más probable el estallido de guerras pequeñas. Pues una de las cosas que impide el desencadenamiento de guerras locales es el miedo de ambos polos mundiales a la espiral conducente a la guerra total.

Tengan razón Kissinger y sus simpatizantes o se quiera confiar en la posibilidad del «condicionamiento» de Halperin y Schelling, subrayemos que el ejemplo de la guerra de Corea—citado frecuentemente para ilustrar este género de acuerdo tácito entre beligerantes—es inadecuado. Motivo: en tal conflicto no se hallaban seriamente amenazados los intereses vitales de las Superpotencias, aparte de que la inferioridad nuclear de la U. R. S. S. en los primeros cincuenta hubiera hecho suicida todo intento por su parte para ensanchar el conflicto.

Noel-Baker ha hecho observar que la teoría de Mr. Kissinger apenas encuentra otra experiencia que la bien particular del asunto de Corea. J. V. (Jacques Vernant, con toda seguridad) ha calificado, en *Politique Etrangère* (1958, 3) de «bastante poco realista» la teoría de la guerra limitada del citado autor norteamericano. Etc. En la misma O. N. U. han resonado apreciaciones realistas en torno a este asunto. Mencionaremos, como clara prueba, las estimaciones expuestas por el Marqués de Santa Cruz: «La guerra limitada es posible cuando se libra en zonas grises, con objetivos políticos limitados y no esenciales al programa nacional, y respecto a los cuales ningún beligerante está dispuesto a correr el riesgo de una guerra atómica. Pero

precisamente desde que se empleó por vez primera el arma atómica, ésta es la única clase de guerra que se ha librado en el mundo. Estas guerras—*limitadas desde el punto de vista de las grandes Potencias—son totales, desgraciadamente, para los pueblos víctimas de ellas*».

¡Transparentes amonestaciones para quien quiera entenderlas!

IV. Precisamente, acerca de la *limitación* de las guerras limitadas, hay pie para pensar bastante ¹⁶.

Los defensores de la ideología militar occidental en estas materias consideran que el carácter limitado de las guerras locales lo da el no usar las armas nucleares estratégicas o los *rockets* de largo alcance. Pero sí cabe utilizar armas nucleares tácticas contra objetivos militares en el campo de batalla ¹⁷.

Ahora bien; en un ejercicio realizado en Louisiana—el ejercicio *Sage Brush*—, en el que se examinaban los problemas de una guerra limitada, la «explosión» de 275 bombas atómicas tácticas producía una destrucción tal en el área de operaciones militares que no podía hablarse de una guerra limitada. En el similar ejercicio *Carte Blanche*, en la Europa Occidental, la «explosión» de 335 bombas se traducía en 1.700.000 alemanes «muertos» y 3.500.000 «heridos» (esto sin tener en cuenta las bajas por contaminación radiactiva). ¡Una guerra limitada de más de cinco millones de bajas! ¹⁸.

De ahí la razón de esta interrogación esgrimida, hace unos años, en la Asamblea de la U. E. O.: *¿cómo es posible limitar una guerra menor?* ¹⁹.

¹⁶ Vid. Thomas C. SCHELLING y Morton H. HALPERIN: *Strategy and Arms Control*, Nueva York, The Twentieth Century Fund, 1961, págs. 30-31.

¹⁷ Autores como NOEL-BAKER precisan los sentidos en que se puede hablar de *guerra limitada: limitación geográfica* (por el teatro de las hostilidades); *por los objetivos políticos a alcanzar* (no se pide la rendición incondicional); *limitación por las armas utilizadas*; *limitación por los objetivos atacados* (objetivos militares con exclusión de los territorios de muy fuerte densidad de población). Cons. Philip NOEL-BAKER: *The Arms Race*, Londres, Stevens, 1958, pág. 154.

¹⁸ Vid. coronel V. GLAZOV, cit. ant., pág. 226. Cons., asimismo, T. N. DUPUY: «Can America Fight a Limited Nuclear War?», *Survival*, septiembre-octubre 1961, págs. 220-225 y 234 (esp. pág. 224, c. 2). «El área del combate se convertirá inevitablemente en un desierto».

¹⁹ UNIÓN EUROPEA OCCIDENTAL: *Assembly of W. E. U., Proceedings*, IV, I, 2, pág. 84.

Recordemos que ya en la conferencia organizada en París a últimos de septiembre de 1957 por la revista *Western World*—sobre el tema general *Armas nuevas y desarme*²⁰—, uno de los puntos considerados fue el de la distinción entre *la gran guerra*, con el empleo de las armas nucleares estratégicas, y *la pequeña guerra*, con las armas clásicas o las armas atómicas tácticas, con la particularidad de que en muchos espíritus anidaba la convicción del peligro de tal distinción²¹.

IV.—EL TEMOR A LA IMPOSIBILIDAD DE LIMITACIÓN DE LA GUERRA

Bien. Hechas esas indicaciones, pensemos en las admoniciones del coronel Ephraim M. Hampton: «*La guerra es la guerra; potencialmente es total en todas las épocas. No hay método seguro para mantenerla limitada. Un conflicto armado entre las naciones modernas inevitablemente implica el riesgo de aniquilamiento mutuo*». Para Benjamín H. Williams—y con él otros—, dos tendencias—el *epidemic character of war* y la *intensifying tendency in war*—hacen extremadamente arriesgado contar con que se tenga capacidad para limitar la guerra.

En suma, lo que en toda esta inmensa cuestión se soslaya es la verdadera realidad de la *lógica* de la guerra. Ella se basa en la creciente probabilidad de guerra accidental—esto es, la guerra que por definición está más allá del control humano—. Tal probabilidad no favorece—técnica, psicológica o políticamente—cualquier racional limitación de la guerra. Monseñor Boillon—obispo de Verdún—se expresará con claridad en esta ruta: «*No se puede hablar de guerras limitadas, pues una ley inexorable las expone a transformarlas en guerra total*».

Por consiguiente, se comprende que en la edad termonuclear las Superpotencias estén interesadas en impedir las guerras locales, las guerras pe-

²⁰ Vid. *Western World*, Bruselas-París, noviembre 1957, págs. 21-23.

²¹ En este extremo, queremos poner de relieve lo que hemos subrayado en otra ocasión: que armas o procedimientos «clásicos» como el *napalm*, las bombas de fósforo, los lanzallamas o bombardeos *tipo Dresden*, no son menos atroces que las armas nucleares. Con otra salvedad: la existencia de ingenios atómicos «miniaturizados», de una potencia de destrucción —según se dice—inferior a la de ciertos ingenios convencionales.

queñas, que pueden llevarles a una guerra total por accidente o por un proceso de espiral.

Y consignemos que este criterio era manifestado por Kruschev el 8 de julio de 1964 en Moscú, con estas palabras: «*Las guerras locales podrían dar lugar, en ciertas ocasiones, a un gran conflicto y aun provocar un incendio mundial*». E incluso hacía referencia a «una peligrosa reacción en cadena».

Asimismo, la concepción de *la guerra atómica por catálisis* se expresaba por Kruschev en su mensaje al Presidente de los Estados Unidos, en conexión con la llamada agresión armada contra Cuba. El jerarca ruso decía: «La tecnología militar y la situación política mundial son ahora de tal especie que toda llamada guerra pequeña puede poner en marcha una reacción en cadena en todas las partes del mundo».

Semejantes ideas exponía el gobernante ruso en mensaje al Primer Ministro británico—Macmillan—en 1958: «Toda plática sobre guerras pequeñas y locales no es más que una ingenua ilusión... [Obsérvese que] los primeros eslabones en la cadena de acontecimientos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial fueron también guerras pequeñas y locales».

En esa trayectoria aportemos otros testimonios. En 1960, el general N. Talensky argumentaba que en las presentes circunstancias sólo es posible la guerra global y que si algunos en el Occidente argumentaban en pro de la guerra limitada, ésta se transformaba inevitablemente en guerra total. Anteriormente, *Estrella Roja*, en un artículo comentando la teoría americana de las «pequeñas» guerras, concluía afirmando que en vista de los modernos métodos bélicos resulta imposible restringir una guerra a una cierta área.

Lo fundamental es que dentro del mundo comunista los rusos resaltan el peligro de trocarse un conflicto local en guerra general y los chinos empuñan tal peligro.

Ahora bien; ha de saberse que en 1958 Garthoff, escribiendo sobre la estrategia soviética en la edad nuclear, reconocía que en la literatura soviética no había una discusión seria de la estrategia de la guerra local. La propaganda soviética niega la posibilidad de guerras locales y específicamente la posibilidad de usar armas nucleares en una forma limitada. Sin embargo, los soviéticos han mantenido una capacidad para guerra convencional—local y táctico-nuclear—. Y en un artículo aparecido poco tiempo después, el analista del pensamiento militar soviético señalaba que «los conflictos limitados repre-

sentan la forma clásica de acción militar comunista, para objetivos limitados, con un riesgo limitado».

En resumidas cuentas, Wilber Brucker ha declarado cómo la tesis oficial de los rusos era que la guerra limitada no podía más que degenerar en conflicto atómico mundial, pero que ellos se preparaban para tal tipo de guerra.

En fin, en tesis de T. C. Schelling—buen estudioso de estas cuestiones—, en la edad nuclear todas las formas de guerra limitada corren el riesgo de convertirse en guerra general—se haya pensado o no en hacerla—. Como señala un editorial de la revista *Continuum*, el punto clave aquí «no es la amenaza de guerra general debida a algún fallo técnico o humano o algún cálculo equivocado. El punto es que, en una edad nuclear toda guerra corre el riesgo de llevar a una guerra general por una clara posibilidad de una tendencia *políticamente irreversible*».

¡Matiz *político*, *político*, servidumbre y grandeza de nuestro tiempo!

* * *

Con todo, del Concilio Vaticano II ha llegado al superficial, desorientado y perplejo hombre-masa de nuestros días, una serie de transparentes directrices en torno al fenómeno bélico contemporáneo.

En efecto, en el campo de las preocupaciones de este estudio, la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, haciendo referencia a los Tratados internacionales suscritos para que la acción militar y sus consecuencias sean menos inhumanas, sostiene nítidamente: «Hay que cumplir estos Tratados». Pero no sólo eso. El mentado documento indica cómo «todos están obligados—especialmente las autoridades públicas y los técnicos en estas materias—a procurar cuanto puedan su perfeccionamiento, para que así *se consiga mejor y más eficazmente atenuar la crueldad de las guerras*» (vid pár. 79).

Sin embargo, ha de contarse con un peligro de la guerra con las llamadas armas científicas: la «escalada» atómica o termonuclear. El párrafo 80 de la citada Constitución da pie para pensar en esa dirección, cuando nos dice: «El riesgo característico de la guerra contemporánea está en que da ocasión a los que poseen las recientes armas científicas para cometer tales delitos

LEANDRO RUBIO GARCÍA

[la acción bélica indiscriminada destructora de ciudades enteras o extensas regiones] y, *con cierta inexorable conexión*, puede empujar las voluntades humanas a determinaciones verdaderamente horribles».

* * *

¡Pero es tanto, tanto lo que se necesita para que se movilicen esa «prudencia» y ese «buen sentido de la Humanidad» de que hablara Juan XXIII! ²².

LEANDRO RUBIO GARCIA.

²² Vid. *Pacem in terris*, 112.

CRONOLOGIA

